



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

28 – Saad parte en busca de noticias

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 28 – Saad parte en busca de noticias



Volvamos ahora a Saad que, como recordamos, había partido por orden del sultán a obtener noticias de su primo Ibrahim que, tras atravesar estepas y desfiladeros, recorrer llanuras y desfiladeros, llegó hasta el Horân y se presentó ante el capitán Hasan.

– Y bien, tío, ¿cómo se encuentra mi hermano Ibrahim? –le preguntó– ¿Buenas noticias, si Dios quiere?

– Mi buen Saad, ¡ya solo confiamos en la gracia del Señor! –suspiró el viejo capitán– Tu hermano está ahí,

en la ciudadela; entra y le verás.

Le contaron que le habían sacado de su baúl. Saad pasó rápidamente al castillo y pidió que le condujeran hasta su primo Ibrahim. Le encontró, al pobre, tendido en su lecho, agarrándose al último soplo de vida que le quedaba y dando unos gemidos que partían el corazón.

– Bueno, Ibrahim, hermano mío, hemos estado muy preocupados por ti –le dijo, sentándose a la cabecera de la cama– ¿Cómo es que te encuentro en este estado?

– Ah, mi buen Saad –se lamentó Ibrahim– ¡Ya solo me queda un último recurso: refugiarme en Dios! Bienvenido seas, viejo. Te he echado mucho de menos; pero tú, se diría que me habías olvidado.

– Qué quieres que te diga, eso no depende de mí, yo tengo que obedecer órdenes. Pero bueno, lo importante es que al final he conseguido obtener un permiso del sultán y he venido a visitarte...

– ¿Y qué tal va nuestro señor? –se interesó Ibrahim.

– Gracias a Dios, mejor que nunca. Te envía sus saludos, y también el visir Shâhîn y los grandes del reino. Todos se preocupan por tu salud y rezan por tu recuperación.

– Pero, dime, Saad, al final ¿qué paso en El-Aflâq? ¿Y qué fue de ese perro inmundo de Mangoberto?

– ¡No te agites, hermano! –le tranquilizó Saad. Hemos conquistado la ciudad y pasado a todos los hombres al filo de la espada. Los soldados han capturado a las mujeres y a los niños y han saqueado todo, hasta los trozos de cuerda. Luego, hemos arrasado la ciudad y nos hemos repartido el botín: todos hemos tocado a una buena cantidad.

– Ah, mi buen Saad, qué verdad es cuando se dice: “En este mundo, se te juzga por las apariencias, y en el otro, por las obras” –suspiró Ibrahim tristemente–. Mientras un hombre es fuerte y muestra una salud de hierro, todos le respetan; tanto amigos, como enemigos; pero, a poco que se debilite y caiga enfermo, ni su propio hermano se preocupa más de él. ¡No me esperaba tal ingratitud por parte de nuestro señor el sultán!

– Pero, ¿qué tienes tú que reprochar a nuestro señor? ¡Él, que es la justicia personificada! –exclamó Saad– ¿Por qué dices eso?

– ¿También tú, hermano mío, intentas engañarme? –prosiguió Ibrahim con el mismo aire melancólico–. De modo que yo; que he soportado tantas fatigas y afrontado tantos peligros; yo, que traje de Roma riquezas incalculables, conquistadas gracias a los esfuerzos de mi brazo; yo, que tantas heridas mortales he recibido; cuando ha llegado la hora de repartir el botín, después de la batalla ¡ni siquiera me ha dejado diez piastras para comprarme ungüentos!

– ¡Qué historias son esas, Panza Búfalo! ¿No te da vergüenza ser tan codicioso? –Se indignó Saad– ¡Diez piastras! ¡Estás de broma o qué! Pero si el sultán, el gran visir, los *fidais*, y los emires, todos ellos han renunciado a su parte del botín para dártela: un total de tres *jaznehs* de oro, que te ha enviado nuestro señor el sultán...

– ¿A mí? ¿Me habéis enviado a mí tres *jaznehs*? –se extrañó Ibrahim.

– Pues claro que a ti; ¿a quién si no?

– ¡Te juro ante Dios que yo no he recibido un céntimo! ¿A quién habéis confiado el dinero?

– A Kamel, tu ahijado.

Y Saad le contó todo el asunto en detalle.

– ¡Ah, qué desgracia! –gimió Ibrahim– ¡Mi dinero, Saad, mi dinero! Rápido, no te quedes aquí perdiendo el tiempo; corre a visitar todas las ciudadelas para ver quién está reteniendo a Kamel; puede que se haya detenido en el camino. ¡Si no le encuentras, vete a Hama y dile que traiga el dinero lo más rápido posible a su padrino Ibrahim, que está muy enfermo y lo necesita para comprar medicamentos!

– Sí, pero no hay tanta prisa: déjame al menos un poco de tiempo para estar contigo.

– ¡No es momento de remolonear, Saad! –protestó Ibrahim– ¡Vamos, de prisa, de prisa! ¡Tengo la cabeza como si tuviera un horno dentro! ¡El dinero, hermano mío, el dinero!

– Por el honor de tu casa, no tienes nada que temer: tu dinero es peor que el fuego del infierno, nadie se atrevería a acercarse a él.

Dicho esto, el capitán Saad dejó a su primo sin esperar más, salió de la ciudadela y, corriendo todo lo que le daban sus piernas -que no era poco- tomó el camino de la estepa, y, yendo de ciudadela en ciudadela llegó a los pies de Massyât, en donde vio un gran gentío. Sobre estrados cubiertos de tapices había músicos tocando el óboe y el tamboril; hombres, mujeres y niños bullían por todas partes. En fin, que todos andaban de fiesta. Entonces, Saad, parando a una anciana, le preguntó:

– Dime, tía mía, ¿qué se celebra hoy en vuestra casa? Parece que hay una buena fiesta.

– Sí, hijo mío –le respondió la vieja–. Estamos festejando las nupcias de Kamel, el hijo del pachá de Hama.

– ¿Y con quién se casa?

– Con la hija del capitán de la ciudadela, Nâfileh la Indomable, la hija del capitán Shâhîn de Masyât.

– ¡Santo Dios, pero si es la prometida de Ibrahim! –se dijo Saad para su colete– ¿De qué irá ahora todo este asunto?

Preguntando donde se hallaba la joven desposada, se enteró de que estaba en el gran salón, en compañía de Shâhîn, de Dawûd y de los principales nobles del lugar, amenizados por músicos y cantantes venidos especialmente de Hama y de Damasco.

– ¡Pues ojalá el buen Dios se los haga caer sobre su cabeza! –maldijo Saad dirigiéndose a grandes zancadas hacia la ciudadela. Cuando penetró en el salón en el que se desarrollaban los festejos, Shâhîn y Dawûd se levantaron para recibirle, a la vez que Kamel y los demás invitados.

– ¡Demos la bienvenida al capitán Saad! –intevino el maestro de ceremonias– ¡Siéntate, por favor!

Saad tomó asiento, y le trajeron un refresco. Cuando todos los allí presentes le hubieron saludado y le dejaron tranquilo, se volvió hacia el joven recién casado:

– ¡A ver, Kamel!

– ¿Sí? –respondió éste.

– ¿Por qué no has ido a llevar el dinero a tu padrino el capitán Ibrahim?

– Pero, ¿qué me estás diciendo, Saad? –exclamó el joven– ¿Quién te ha dicho que no se lo he llevado? ¡Hace un siglo que se lo di!

– Escucha, acabo de llegar de casa de mi hermano Ibrahim, adonde me había mandado el sultán para tener noticias tuyas, y me ha afirmado que él no ha recibido nada de nada.

– Entonces, no cabe duda: ¡si te ha dicho eso es que ha perdido la cabeza!

Luego, Kamel, volviéndose hacia los hombres que había sobornado, les preguntó:

– Eh, vosotros, ¿no estábais conmigo cuando fuimos al Horân a visitar a Ibrahim? ¿acaso no me visteis entregarle las tres *jaznehs*?

– Claro que sí; que te hemos visto, somos testigos.

– Pues menos mal que os llevé conmigo –soltó Kamel triunfante–. De no haber sido así, y si, por desgracia, hubiera pasado algo al capitán Ibrahim, y su padre Hasan se hubiera querellado contra mí...

– Pero, ¡qué cuentos son esos! –se indignó Saad– ¡Mi hermano Ibrahim me ha dicho que no ha recibido nada!

– Escucha, Saad, no insistas, porque más vale que ruegues a Dios que venga en su ayuda –intervino Shâhîn–. Bien sabes que lo que le ha sucedido a Ibrahim es muy grave; con todas las heridas que ha recibido, no es extraño que haya perdido la razón.

– Sí, seguro que es eso –concedió Saad–. Por Dios, con lo que ha sufrido, ni siquiera una montaña habría podido resistirlo...

Dicho esto, se apresuró a partir, pero Shâhîn no le dejó ir.

– ¡Ah, no, Saad, de eso nada! ¡Por Dios, que no te dejaré salir de aquí sin que hayas comido con nosotros!

Saad, que andaba hambriento, se dejó engatusar; pero, apenas había terminado el último bocado, se levantó y partió, regresando al Horân. En cuanto llegó se fue a ver a Ibrahim.

– A ver, Panza Búfalo, ¡tú es que no tienes vergüenza! ¡Cuando pienso en todo el esfuerzo que he hecho por ti, y ahora resulta que Kamel te había entregado las tres *jaznehs*, y delante de veinte testigos de la comunidad de Muhammad, que se han apresurado a prestar juramento!

– ¡No es buen momento para bromas, Saad! ¿De verdad has ido?

– ¡Por supuesto que sí! ¿A qué te crees que estoy jugando?

– ¡Ni de coña! Pedazo de idiota, ¿cómo ibas a tener tiempo de haber ido de aquí a Hama y volver, en solo dos días?

– Pues, justamente porque no he ido a Hama, y porque he encontrado a Kamel al pasar por Masyât.

– ¿Y qué hacía ese pequeño imbécil en Masyât? –preguntó Ibrahim furioso.

– Escucha, hermano, te digo que le he visto en Masyât, en la ciudadela... y también he visto otra cosa; pero preferiría no hablarte de eso, porque en tu estado, podría hacerte daño.

– No, no, Saad; te prometo que no voy a enfurecerme: vamos, dime de qué se trata, si no, no voy a quedarme tranquilo.

Pero Saad continuó con evasivas, hasta que Ibrahim tuvo que recurrir a palabras mayores:

– Yo te conjuro, por el Nombre Supremo de Dios, dime lo que has visto.

– Está bien, en ese caso... al llegar a Masyât, vi un montón de gente, con músicos y festejando. Era por la boda de Kamel, que se ha casado con Nâfileh la Indomable. Además, los hombres de Safita me han jurado que habían acompañado a Kamel hasta aquí

y que te habían entregado las tres *jaznehs*, y piensan que es que tú no te has recuperado todavía...

– ¡Ah, los muy cerdos! –rugió Ibrahim con voz de trueno– Y tú, les has creído ¿eh?

Poseído por el furor de la noticia, Ibrahim le propinó a su primo tal puñetazo en el pecho, que le envió por los aires con armadura y todo. Pero, ese brutal esfuerzo tuvo lógicamente como efecto que se le volvieran a abrir las heridas, encontrándose de nuevo como al principio del tratamiento.

– Y ahora ¿qué he hecho yo? –protestó Saad levantándose y escapando de allí sin esperar respuesta. Al flanquear la puerta de la sala, se encontró de manos a boca con Fâtme la Arrogante, la hermana de Ibrahim que, alertada por los gritos de su hermano, corrió a ver qué le pasaba.

– Eh, dime, especie de saltamontes, ¿qué le has hecho a mi hermano Ibrahim para que grite de esa manera? –le apostrofó.

– ¡Eh, que yo no sé nada! –respondió sin aminorar las zancadas.

En cuanto salió de la ciudadela, puso a trabajar sus dos largas piernas y enfiló, como un dardo a través de la estepa, sin mirar atrás, ni detenerse, hasta llegar a El Cairo, en donde se presentó inmediatamente ante el sultán.

– ¡Bienvenido seas, Saad! –le recibió el sultán– Y bien, ¿has ido por fin al Horân?

– Sí, Comendador de los creyentes.

– Entonces ¿qué noticias nos traes? No nos ocultes nada: ¿qué tal va Ibrahim?

– Qué desgracia, *efendem* –suspiró Saad–; Ibrahim ya solo espera que el Señor le reciba en Su seno.

Saad le contó cómo Ibrahim había sido extraído del baúl; pero se guardó bien de hablar acerca de las tres *jaznehs* y del papel que había jugado Kamel, temiendo sembrar inútilmente la discordia, por si acaso el joven de verdad hubiera entregado el dinero a Ibrahim.

– Cuando, por la gracia del Señor, se haya recuperado Panza Búfalo del todo –se dijo Saad para su colete–, entonces, si es verdad que no ha recibido el dinero, ¡él solo se sobra y se basta para recuperarlo, así tuviera que partir en dos una montaña para conseguirlo!

Y eso es todo sobre Saad.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.29 – Un remedio para camellos